



CONSUELO PAGAZA ▶ Marcha por el Día Internacional de la Mujer, Ciudad de México, 8 de marzo de 2020.

pensar tanto en la ciudadanía como en los movimientos sociales desde el punto de vista de su constitución antisistémica y emancipadora.

La ciudadanía es resultado de la lucha social

En México y Latinoamérica, la ciudadanía como herramienta para el cambio político y la transformación social mostró su mayor vigencia en la década de 1990, cuando el neoliberalismo se profundizó. Sin embargo, en su acepción más general e institucional, no es una noción que se refiera al cambio, sino preponderantemente a la integración y el orden social.

En su ramificación sociológica, se fundamenta en el individuo y se concibe como un proceso de

integración a un poder socialmente constituido, como mecanismo de unidad nacional basado en la colaboración. Por eso, la ciudadanía —culturalmente referida— constituye una identidad amplia, fincada en la nación y la comunidad de sentimientos, con fuertes raíces históricas, enraizada en la cultura y definida en relación con la otredad. Se expresa mediante un lenguaje común, oficializado, y una significación más o menos similar de tradiciones, cultura ancestral e historia nacional. Hacia el interior, se manifiesta como sentido de pertenencia a un Estado y una cultura; hacia el exterior, como diferencia y sentido de alteridad. En el marco de esta definición ampliada, se ha destacado la idea de una ciudadanía basada en la virtud cívica asociada a las instituciones, como un dispositivo de modernidad y una expresión de autonomía y racionalidad individual articulada